

PLATERO Y YO

CONTADO POR CONCHA LÓPEZ NARVÁEZ

ILUSTRACIONES DE XIMENA MAIER

ADAPTACIÓN DE LA OBRA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ



Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Platero y yo*,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones
de Grupo Anaya, o en la página web www.anayainfantilyjuvenil.com.

© Del texto original: Herederos de Juan Ramón Jiménez

© De la adaptación: Concha López Narváez, 2006

© De la ilustración: Ximena Maier, 2006

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2006

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, marzo 2006

ISBN: 84-667-5186-6

Depósito legal: M. 5.542/2006

Impreso en MELSA

Ctra. de Fuenlabrada a Pinto, Km. 21,800

28320 Pinto (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones
por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,
o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo
de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

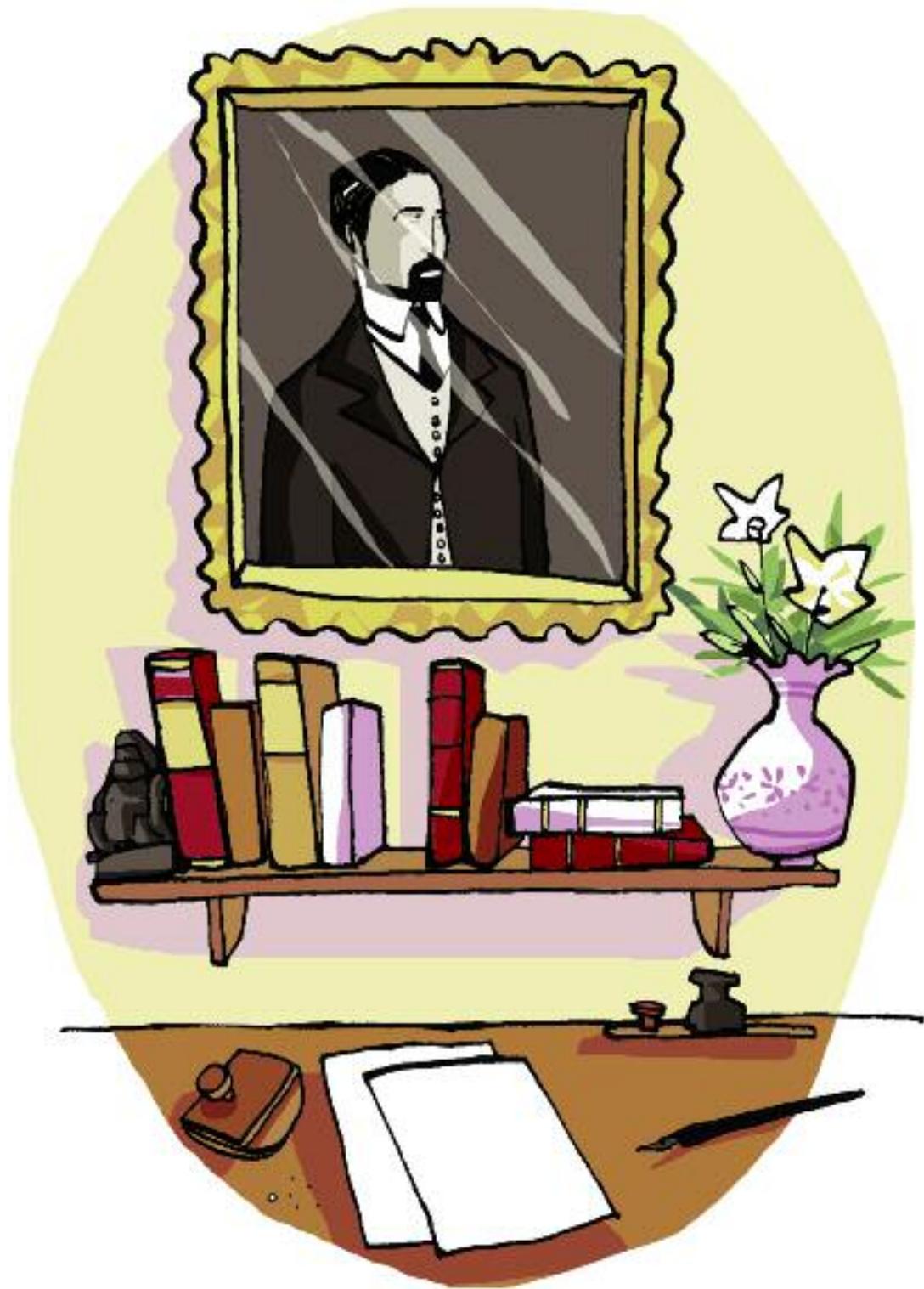
Índice

A los lectores	7
¿Cómo era Platero...?	10
Juan Ramón Jiménez	14
Juan Ramón y Platero	18
La casa grande y la cuadra	22
Los niños	26
Las palabras	34
Solos	40
«Anda, Platero»	46
Adiós, Platero	52
Al terminar	60
Dedicatoria	62

A mi padre.

*Sigo viendo a Platero regresar a Moguer
llevando sobre el lomo su alegre carga
de mariposas blancas.*

CONCHA LÓPEZ NARVÁEZ



A los lectores

P*latero y yo* es la historia de un hombre y su burro. Los dos iban juntos a todas partes, o a casi todas, y, mientras tanto, charlaban de las cosas sencillas y profundas de la vida, de las cosas del corazón. Era el hombre el que hablaba, claro, pero el burro lo escuchaba con cariño, atentamente.

Los dos vivían en un pueblo de Andalucía, caminito de Huelva, que se llama Moguer.

Allí, la mayor parte de las casas son bajas y blancas y tienen geranios y claveles en todas las ventanas. Es un lugar alegre, y el aire huele a pinos y a mar, a limoneros y naranjos en flor.

El hombre se llamaba Juan Ramón Jiménez y era poeta. El burro se llamaba Platero y, de tanto oír a su dueño, también acabó siéndolo.

Un poeta es alguien que se afana buscando las palabras más hermosas para expresar lo que ve, lo que piensa y lo que siente.

A veces los poetas pronuncian sus palabras despacio y en voz baja, como si fueran secretos, y a veces se las sueltan al viento de repente, ¡zas!, como si fueran mariposas.

Pero no siempre es fácil entender a los poetas, sobre todo para los niños, por eso voy a ser yo quien os hable de Juan



Ramón Jiménez y de Platero. Trataré de que sepáis cómo y quiénes eran, dónde vivían, cuánto se querían, qué cosas les pasaban y qué cosas se decían. Lo haré unas veces casi con sus mismas palabras, otras con las mías, y algunas más, con palabras mezcladas. Es decir, quitando o cambiando un poquito de allí y un poquito de acá.

Sé que no podré contároslo todo, y tengo miedo de no saber hacerlo muy bien; pero me esforzaré al máximo, con el mayor afecto y emoción.

¿Sabéis por qué?

Porque *Platero y yo* es el primer libro que hay en mis recuerdos. Cuando todavía era una niña pequeña, mi padre me lo fue leyendo a su manera, y nunca lo he olvidado.

Muchas veces, mi padre y yo, que también vivíamos en Andalucía, caminito de Huelva, nos acercábamos a Moguer y recorríamos sus calles blancas y estrechas pensando en Juan Ramón y llamando a Platero: «Platero, Platerón, Platerillo, Platerete...».

Después lo he leído tantas veces que he perdido la cuenta. Como también he perdido la cuenta de las veces que he oído dentro de mí las hermosas palabras de Juan Ramón Jiménez hablándome de las cosas sencillas y profundas de la vida.

Por eso os pido que, cuando pase el tiempo y hayáis crecido, leáis *Platero y yo*.

Hacedlo, por favor, despacio y alegremente, dejando que, poco a poco, vuestro corazón se vaya empapando de palabras hermosas y sentimientos profundos y sencillos. Y entonces, ¡qué alegría!, Juan Ramón Jiménez os habrá convertido en poetas.

Concha LÓPEZ NARVÁEZ

¿Cómo era Platero...?

Comencemos de la misma manera que comienza Juan Ramón, y hablemos de Platero casi con sus mismas palabras, pues no hay nadie en el mundo que pueda hacerlo mejor.

Esto decía el poeta de su burrito:



Platero es pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera que parece de algodón, que no lleva huesos. Solo sus ojos son duros, como dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto y se va al prado, y acaricia con su hocico, rozándolas apenas, las florecitas rosas, azules y amarillas.

Lo llamo dulcemente: «Platero...», y viene a mí con un trotecillo tan alegre que parece que se ríe.

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscatel, los higos morados...

Es tierno y mimoso, igual que un niño, que una niña, pero es fuerte y seco, como de piedra.

Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, que charlan tranquilamente entre ellos, vestidos de día de fiesta, se quedan mirándolo:

—Tiene acero —dicen.

Acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

Así describe Juan Ramón a su querido burrillo.
«Acero y plata de luna...» son sus últimas palabras, y quizás no las hayáis entendido del todo.

Lo de acero es fácil, porque el acero es fuerte y resistente, y fuerte y resistente era Platero, a pesar de ser pequeño. Aunque lo de ser pequeño no quería decir que fuera un burro chiquito, de poca edad, sino que no tenía gran tamaño, que no era muy alto.



Lo más difícil es entender eso de «plata de luna»...
¿No es cierto? Pues bien, con esas palabras Juan Ramón
Jiménez nos está hablando de la piel suave y peluda de
Platero, del color de su pelo, que era como el de la plata
cuando le da la luna: claro, brillante y luminoso...
¡suavemente gris!



Juan Ramón Jiménez

Cuando escribió *Platero y yo*, Juan Ramón Jiménez era un hombre joven y solitario.

Moreno y pensativo, iba todo vestido de negro, y tenía barba y bigote, también negros.

Por fuera parecía un hombre oscuro, y por dentro, en su carácter, muchos decían que era extraño.



Extraño porque iba y venía, y recorría el pueblo casi sin detenerse, con la sola compañía de su burrillo.

Extraño porque se pasaba las horas muertas en el campo. A veces regresaba a casa de madrugada, sin hacer otra cosa que leer o pensar, o contemplar los prados, el cielo y el horizonte, o seguir con la vista la marcha de las nubes y los vuelos de los pájaros.

¡Qué cosas tan extrañas...!



Un hombre extraño. Juan Ramón lo sabía, él mismo nos lo dice. Más o menos, estas son sus palabras:

Vestido de luto, con mi barba oscura y mi pequeño sombrerillo, debo de tener un aspecto extraño montado sobre Platero.

Cuando, yendo a las viñas, cruzamos las últimas calles del pueblo, los chiquillos corren detrás de nosotros chillando largamente: «¡El loco, el loco, el loco...!».



«¡El loco, el loco, el loco...!», gritaban los niños a su paso. Pero el poeta apenas los veía, porque ya casi tenía delante el campo verde y el cielo inmenso y puro, y sus ojos estaban ocupados contemplándolos.

Tampoco los oía, porque sus oídos se iban llenando, poco a poco, de la tranquila alegría de los silenciosos campos.

Atrás se iban quedando los gritos de los niños, cada vez más lejanos y apagados:

«¡El loco, el loco, el loco...!».

